11477

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Un Huesped Suicida

DISPARATE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MANUEL MARTÍN RODRIGUEZ

Estrenado con extraordinario éxito en el
TEATRO MOLINO ROJO
la noche del 1.º de Septiembre de 1902

MADRID
SALÓN DEL PRADO, 14, HOTEL
— 26
1902

UN HUESPED SUICIDA

Esta obra es propiedad de su autor y nadie podrá sin su permiso reimprimirla, ni representarla en España ni en los países con los cuales haya celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción,

Los representantes de la Sociedad de Autores Españoles son los encargados exclusivamente del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Un Huesped Suicida

DISPARATE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MANUEL MARTÍN RODRIGUEZ

Estrenado con extraordinario éxito en el
TEATRO MOLINO ROJO
la noche del 1.º de Septiembre de 1902

MADRID
Tipografía Lafin
PASAJE DEL COMERCIO, 10

1902

A mi buen amigo

Enrique González Antoñanzas

le dedica este humildísimo trabajo

EL AUTOR

670997

PERSONAJES

DOÑA MAMERTA	SRA. CORCUERA
GERTRUDIS	« MENGUEZ.
RAFAEL	SR. IBAÑEZ.
DON HERMÓGENES.....	« PURSELL.

La acción en Madrid.—Época actual.—Derecha é izquierda la del actor.

ACTO ÚNICO

Habitación pobremente alhajada en casa de doña Mamerta.—Puerta al foro y laterales.—Muebles aparentes.

ESCENA PRIMERA

RAFAEL, sentado escribiendo una carta.

RAF. «Gertrudis de mi alma: cuando la presente »hayas leido, habré dejado de existir. Tu »madre me arroja al precipicio echándome »de su casa, que es lo mismo que separarme »de tu lado, con el fútil pretexto de que »hace seis meses que no abono mis pupila»jes, cosa muy natural en el que, como yo, »se encuentra cesante hace otro tanto tiem»po, á consecuencia...» (Sin escribir.) Del garrotillo que debiera haberle dado al ministro cuando firmó mi cesantía. (Volviendo á escribir.) «A consecuencia de un cambio de mi »misterio, vulgo crisis...» (Sin escribir.) Y que no es floja la que estoy pasando. (Escribe.) «El suicidio es mi unica salvación; y no »hallándome con valor suficiente para des»cerrajarme un tiro,» (No escribe.) Ni con dinero para comprar un revolver, (Escribe.) «Escojo una muerte barata: el viaducto. Dá »recuerdos á tu madre...» (Borrando el ultimo párrafo con la pluma.) Digo no. (Escribe otra vez.) «No des recuerdos á tu madre...» (El mismo juego anterior.) Tampoco es esto... Estas cartas son tan dificiles de escribir... (Escribe.) «Sa»bes te aguarda en el otro mundo todo el »cariño que en éste te profesa, Rafael.» (Termina de escribir y se levanta.) Este final me parece mejor. Colocaré la carta en su cesto de costura, de manera que pueda verse á primera vista, y cuando ella venga, según

costumbre, á recoser la ropa á los otros huespedes, es casi seguro, que habrá tropezado con mi carta, al mismo tiempo que yo con los adoquines de la calle de Segovia. (Coloca la carta donde dice.) Ya está. Ahora á morir. Dios quiera que sea mortal el golpe; de lo contrario me ha de dar mucha rabia repetir el segundo. (Mirando por la segunda puerta izquierda.) Se acerca mi suegra, ¡huyamos! (Mútis por el foro.)

ESCENA II

DOÑA MAMERTA seguida de GERTRUDIS por la segunda puerta izquierda.

D.ª MAM. (Poniéndose en jarras en el centro de la escena.) ¿Qué te parece? Las once de la mañana y todavia sin haberse levantado ninguno.

GERT. ¿Y que falta hacen?

D.ª MAM. Ninguna; estándo aquí la zángana de tu madre para mantenerlos.

GERT. ¿No decias que eran dos bellas personas?

D.ª MAM. Bellísimas, hija, bellísimas; pero me planto.

GERT. ¿Y qué quiere decir eso?

D.ª MAM. Que no comen más á costa mía. Al uno ya se lo dije anoche, y al otro como se retiró tarde, no pude echarle la vista encima; pero lo que es en cuanto que salga, se la suelto.

GERT. Eres atroz.

D.ª MAM. Y á ese títere de Rafael, ya le he dicho que ha concluido de hacerte arrumacos.

GERT. Si no me ha hecho nada.

D.ª MAM. Mejor. ¡Ah! mira; por si acaso don Hermógenes no piensa levantarse, como de costumbre, hasta las tres de la tarde, ayúdame á ver si le despertamos.

GERT. Y ¿cómo?

D.ª MAM. Así. (Tira las sillas y muebles que encuentra á mano delante de la primera puerta derecha que se supone el cuarto de don Hermógenes.)

GERT. Pero mamá, ¿te has vuelto loca?

D.ª MAM. Abedece y calla. (Continúa derribando muebles hasta que aparece don Hermógenes á medio vestir.)

ESCENA III

DICHOS y DON HERMOGENES

D. HERM. (Saliendo.) ¿Qué ocurre? (Recibe un silletazo en una pierna.) ¡Ay, mi espinilla! (Sujetando á doña Mamerta por un brazo.) Pero doña Mamerta, ¿está usted en su juicio?

D.ª MAM. Sí, señor; estoy en mi juicio y en mi casa.

GERT. (Interponiéndose.) Mamá, por Dios.

D. HERM. Comprenda usted, señora, que me ha estropeado una pantorrilla, y francamente, esas estropeaduras sin haber almorzado me hacen poquísima gracia.

D.ª MAM. Menos ha de hacerle cuando sepa mi decisión.

D. HERM. ¡Su decisión!

D.ª MAM. Sí; he decidido echarle de mi casa.

D. HERM. ¿A mí?

D.ª MAM. Sí, señor, á usted.

D. HERM. Eso sería inícuo, señora. ¿A don Hermógenes Fruta del Tiempo arrojarle á la calle como á un cualquiera?

D.ª MAM. Como á un cualquiera, no; pero sí como á un huesped que no paga.

D. HERM. Pagaré, señora, pagaré.

D.ª MAM. ¿Y cuando?

D. HERM. Pronto.

D.ª MAM. ¿Piensa usted engañarme de nuevo?

D. HERM. No, señora. Acabo de terminar un drama titulado «Los afanes de una viuda ó las viruelas locas,» que ha de proporcionarme muchos aplausos y no menos dinero; y entonces...

D.ª MAM. Entonces vuelva usted á pagarme; y si la habitación se encuentra desocupada, veremos.

D. HERM. (Aparte.) (Me aplastó.) Esa acción no deja de ser una tiranía.

D.ª MAM. Será lo que usted quiera.

D. HERM. Es que...

D. MAM. (Interrumpiendole bruscamente.) Lo dicho don Hermógenes. (A Gertrudis.) Tú, niña, á tu labor.

GERT. Enseguida. (Coge el cesto de costura y se sienta á recoser la ropa blanca en el primer término izquierda.

D. HERM. Bueno; puesto que no queda otro recurso,

sea. (Coge del brazo á doña Mamerta y la conduce á uno de los costados del escenario y dramatizando exageradamente recita los cuatro versos siguientes.)

Nunca pensé, señora, por mi vida
que usted así á la calle me arrojára;
acción tan descortés, tan poco noble,
la juro, por mi abuelo, no olvidarla.

(Se dirige al foro.)

D.ª MAM. Hombre, vaya usted á paseo.

GERT. (Que á leido la carta que Rafael dejó en el cesto de costura.) ¡Ay, Dios mío!

D.ª MAM. ¿Qué pasa?

GERT. (Enseñando la carta.) Mira; Rafael se ha suicidado y tú... tú tienes la culpa. (Rompe á llorar.)

D.ª MAM. ¿Qué dices muchacha?

GERT. Me ha dejado esta carta en mi cesto de costura, en la que me manifiesta su fatal resolución.

D.ª MAM. ¿Y dice que yo?... ¡Ay! á mi me va á dar algo!... (Ademán de desmayarse. Don Hermógenes, que ha estado observando acude á socorrerla. ¿Que hacemos, don Hermógenes?

D. HERM. (Aparte.) (Bonita ocasión para vengarme.) Eso ya se lo dirá á ustedes la justicia.

D.ª MAM. ¡Pero si yo no le he dicho más que no podía tenerle más tiempo en mi casa si no abonaba los atrasos!

D. HERM. (Ponderativamente.) ¿Le parece á usted poco señora?... ¡Ahí es nada!... ¡Pedir los atrasos!... Por mucho ménos ahorcaron en mi pueblo á un maestro de escuela.

D.ª MAM. Si es que yo ya se los he perdonado.

D. HERM. El perdón, como casi siempre suele suceder, ha llegado tarde. En fin, después de todo, para eso hay Tribunales... Yo con su permiso, me retiro. (Medio mútis. Doña Mamerta le detiene.)

D.ª MAM. No por Dios, don Hermógenes.

D. HERM. ¿No comprende usted, doña Mamerta, que por cada minuto que pase al lado de ustedes, puede costarme un año de presidio?

GERT. ¡Qué horror!

D.º HERM. Conque lo dicho, doña Mamerta. (Intenta de nuevo marcharse y vuelve á ser detenido por doña Mamerta.)

D.ª MAM. ¡Por caridad! don Hermógenes.

D. HERM. Suélteme usted, señora. Tengo que buscar casa todavía.

D.ª MAM. Si tiene usted esta á su disposión.

D. HERM. (Aparte.) (Hay que hacerse rogar.) Imposible. Esta casa dentro de poco caerá en poder de la justicia y al que encuentran en ella lo pasan á cuchillo.

GERT. (Asustada.) ¡Ay, qué miedo! Huyamos, mamá, huyamos.

D.ª MAM. Sí, hija, huyamos antes que vengan á prendernos.

D. HERM. (Aparte.) (Todo se ha perdido. No, y me está bien empleado por orgulloso.) (Deteniéndolas con un ademán.) Un momento. Huir en estas circunstancias es un disparate. En casos como el presente, la tranquilidad es el todo. Ya pueden ustedes dar gracias por haberme encontrado á su lado, que haré todo cuanto pueda por salvarlas.

D.ª MAM. Gracias, D. Hermógenes.

D. HERM. Lo que necesito es saber el lugar donde ese joven ha cometido la imprudencia.

GERT. El viaducto.

D. HERM. Basta. En la Delegación del distrito me darán informes.

D.ª MAM. ¿Va usted?

D. HERM. Sí; me acerco en una carrera, pregunto y vuelvo á tranquilizarlas. Entre tanto pueden ustedes ir preparando el almuerzo, que tampoco conviene descuidar el estómago.

D.ª MAM. ¿Cree usté?...

D. HERM. No hay cuidado. El Delegado es amigo mío. (Aparte.) (No le he visto en mi vida.) Casi nos tuteamos, y hará lo posible por echar tierra sobre el asunto.

D.ª MAM. ¡Ay, D. Hermógenes, que peso me quita usté de encima!

D. HERM. (Aparte.) (Flojillo ha sido el mío.) Enseguidita estoy de vuelta.

(Hace mútis por el foro.)

ESCENA IV

DONA MAMERTA y GERTRUDIS

D.ª MAM. No puedes figurarte, hija mía, el mal rato que he pasado con la tontuna de tu novio. Porque no cabe duda que lo era.

GERT. Me dijo que era muy bonita, y yo...

D.ª MAM. Y si yo le oigo, á ti y á él, os rompo un hueso. Ya has visto las desazones que dan los novios. (**Incomodada**) Que yo no vuelva á saber que te dice nada.

GERT. Pero mamá, si se ha suicidado.

D.ª MAM. Bien empleado le está. Antes debía de haberlo hecho y no ahora para darnos este disgusto. Vamos á preparar el almuerzo á Don Hermógenes. Pobre señor; qué bien se porta con nosotras. (**Entran por la segunda puerta izquierda**).

ESCENA V.

RAFAEL que entra pausadamente por el foro.

RAF. Héteme aquí con vida y con otra deuda más Mi tentativa de suicidio ha fracasado, gracias á ese caballero que no conozco, pero que me ha sujetado al tiempo que yo me disponía á dejarme caer por la parte de afuera de la barandilla. Al pronto le tomé por un policía; pero al instante quedé convencido de mi error al reparar en su traje y que con voz cariñosa me dijo: «Jóven el »atentar uno contra su vida es un crimen.» Tiene usté razón, le respondí; pero cuando las vicisitudes la hacen insoportable, no queda otro recurso que el de separarse de ella.—«Se engaña usted, prosiguió el in»cógnito. El hombre debe hacer frente á »cuantas adversidades salgan á su paso.» Y luego cogiéndose de mi brazo me condujo á uno de los cafés próximos, donde en pocas palabras, le hice el relato de todas mis desventuras, las que no le hicieron poca gracia concluyendo por regalarme cincuenta duros en cinco billetes del Banco de España al mismo tiempo que me hacía la promesa formal de enviarme, antes de veinticuatro horas, para lo cual se ha quedado con las señas de esta casa, una credencial de doce mil reales; casi una fortuna. (**Pausa corta**) ¿Y quien será ese caballero tan generoso?— El no decirme su nombre me contraría; porque me gusta saber con quien contraigo deudas, por si alguna vez puedo pagarlas.—

Seguramente que ya Gertrudis se habrá enterado de mi carta y á estas horas estará llorando como una Magdalena... No le sucederá lo mismo al esperpento de su madre. (Mira por la segunda puerta izquierda) Aquí viene Me ocultaré para que sea mayor la sorpresa y que rabie doble. (Se oculta en la puerta de foro)

ESCENA VI

DOÑA MAMERTA, apoco RAFAEL

D.ª MAM. (Saliendo) Juraría haber oido ruido en esta sala... ¿Habrá vuelto ya Don Hermógenes?... (Mira hácia todas partes) Pero no... no hay nadie... Como no haya sido en el pasillo... (Se dirige al foro y mira; al mismo tiempo se presenta Rafael. Doña Mamerta da un grito de terror.)

RAF. Muy buenos días.

D.ª MAM. ¡¡Ay!!

RAF ¿Señora?...

D.ª MAM. (Temblando.) No... no, por Dios... no se acerque usté...

RAF. ¡Esa sorpresa!...

D. MAM. Yo haré todo lo que me mande....

RAF. ¿Luego V. sabía?...

Dª MAM. Si... si señor .. lo sé... lo sé todo... Pero yo no he tenido la culpa... Las circunstancias me han obligado... Yo le pagaré unas misas...

RAF. Yo no necesito misas, señora. lo que necesito y pronto, es el almuerzo porque la madrugada de hoy me ha abierto un apetito de todos los diablos.

D.ª MAM. Sí... sí...

RAF. Esta mujer, chochea.

D.ª MAM. No... sí... voy enseguida. (Entra huyendo de Rafael; por la misma puerta que salió. Rafael queda un instante pensativo mirando por donde salió Doña Mamerta.)

RAF. Ya lo comprendo todo. Sin duda se ha enterado de mi suicidio y como ignora que me he salvado, me cree un alma del otro mundo. Me conviene que siga en esa creencia hasta tanto que hablo con Gertrudis. Voy á mi cuarto y allí pensaré el mejor medio de comunicarme con ella sin inspirar sospechas á su madre. (Entra en la primera puerta izquierda).

ESCENA VII

DOÑA MAMERTA seguida de **GERTRUDIS** por la segunda puerta, izquierda cogidas una de otra y aparentando miedo.

D.ª MAM. Ven y convéncete por tus propios ojos.
GERT. Pero mamá, ¿cómo es posible?
D.ª MAM. Te digo que sí... Que le he visto.
GERT. ¿Y no habrán sido figuraciones tuyas?
D.ª MAM. Repito que no. Era su misma persona transformada en espíritu. El caso es que me ha pedido el almuerzo, y con muy malos modos; lo mismo que si fuese uno de esos huésped que pagan religiosamente y al contado. Y ya ves, no sé donde quiere que se lo sirva...
GERT. Mamá, tu has visto visiones.
D.ª MAM. He visto á tu novio
GERT. Pero, ¿Dónde está?
D.ª MAM. (Que mira seguidamente al cuarto donde entró Rafael) A... á... allí... en su cuarto.
GERT. (Mirando donde indica Doña Mamerta) Es verdad. ¿Y cómo se las habrá arreglado para entrar?
D.ª MAM. Hija mía los espíritus no necesitan entrar; les basta con colarse.
GERT. ¡Uy!... ¡como nos mira!...
D.ª MAM. Cerremos los ojos para no verle, á ver si se aburre y se marcha.

(Ambas se cubren los ojos con las manos. D. Hermógenes sale y se coloca entre estas sin fijarse en sus posiciones hasta que lo indica el diálogo.)

ESCENA VIII

DICHOS y D. HERMOGENES

D. HERM. Ya estoy de vuelta! He visto á mi amigo el Delegado y me ha puesto en pormenores del suicidio. Hasta ahora del cadáver, sólo ha parecido el sombrero... Ya queda el asunto bien recomendado y no hay miedo que ocurra nada desagradable. (Repara en la postura de ambas mujeres.) ¡Cómo! ¿No me escuchan ustedes?
D.ª MAM. Sí....
D. HERM. Pero ¿que ocurre?

D.ª MAM. Que ha venido.

D. HERM. (Aparte.) (Adiós! Ya se ha descubierto que no he visto al Delegado y que ni siquiera le conozco.) No teman ustedes... Ese que ha venido no es el Delegado, es simplemente un policía.

D.ª MAM. (Quitándose las manos de los ojos.) Pero si el que ha venido no es el Delegado.

D. HERM. (Aparte) (Respiro).

GERT. (Tambien abriendo los ojos.) Ha sido Rafael.

D. HERM. ¡Zambomba! ¿Pero están ustedes seguras?

D.ª MAM. Sí, señor; segurísimas (Aparece Rafael en la puerta del cuarto.) Mi... mírele usted!

LOS TRES ¡¡Ay!! (Dan todos un grito de miedo y procuran esconderse unos con otros... Todo esto muy rápido.)

ESCENA IX.

DICHOS y RAFAEL

RAF. No se asusten ustedes.

D. HERM. (Haciendo esfuerzos ridículos por aparentar serenidad.) No... si no nos asustamos... (poco).

RAF. Mi presencia en esta casa no tiene más objeto que el de abonar los pupilages que adeudo á doña Mamerta.

D.ª MAM. Pero si no me debe usted nada.

D. HERM. (Aparte.) (Que generosa se ha vuelto.)

RAF. De ningún modo. Yo no puedo ni debo consentir semejante sacrificio. Soy rico, doña Mamerta.

D. HERM. (Aparte.) (Que pronto ha hecho fortuna este muchacho.)

D.ª MAM. Si usted se empeña... Cobre usted, don Hermógenes.

D. HERM. ¡Un demonio! No quiero cuentas con almas del otro mundo.

D.ª MAM. Parece mentira que sea usted tan cobarde.

D. HERM. Pues lo que es usted tiene mucho de valiente.

RAF. Pero señores. (Con voz estentórea.)

LOS TRES. (Escondiéndose asustados unos con otros.) ¡¡Ay!!

RAF. ¿Quién es por fin el que va á cobrar la cuenta?

D.ª MAM. (Tiembla.) Si es que...

D. HERM. (Aparte.) (Vaya un buen pagador importuno.)

RAF. Tengo una idea. Ya que ustedes no se atreven, dejen un instante sola á Gertrudis, que seguramente no será tan miedosa, y á esta abonaré el total de todos mis pupilajes.

D. HERM. Muy bien pensado.

RAF. (Aparte.) (Así puedo prevenirla.)

D.ª MAM. (A D. Hermógenes.) Enseguidita dejo yo á mi niña con difuntos.

GERT. Pero mamá, si á mi se me figura que Rafael está vivo.

D. HERM. (Aparte.) (Miren la mosquita muerta.)

RAF. Aceptan, ¿sí ó nó?

D. HERM. Sí señor, aceptado. (Aparte.) (A ver si puedo escurrirme.)

D.ª MAM. He dicho que nó.

RAF. (Aparte.) (Aprovechémonos de las circunstancias.) (Con voz estentórea.) ¡¡Señora!!

D.ª MAM. (Asustadas.) ¡Ay!... sí... sí señor...

D. HERM. (Aparte.) (Me alegro, me alegro y me alegro.) (A Gertrudis.) No tenga usté cuidado ninguno... A los muertos es á los que menos hay que temerles.

D.ª MAM. ¿Te atreves, hija, te atreves?

GERT. No me dejeis mucho tiempo sola.

D.ª MAM. Vigilaré desde ese cuarto. (Segundo derecha.) ¿Vamos, D. Hermógenes?

D. HERM. (Aparte.) (No deseo otra cosa.) Vamos doña Mamerta. (Se dirige al foro.)

D.ª MAM. ¿Dónde va usté por ese lado?

D. HERM. A un asunto de importancia. (Aparte.) (A meterme donde todas las almas del otro mundo reunidas, no puedan encontrarme.

(Hacen mútis D.ª Mamerta y D. Hermógenes por las puertas indicadas.

ESCENA X

GERTRUDIS y RAFAEL

RAF. ¡Gertrudis mía! (Con apasionamiento)

GERT. No te acerques, por Dios.

RAF. ¿Qué temes?

GERT. Como dice mi madre que eres un espíritu...

RAF. Ella si que es el espíritu de la contradicción

GERT. ¿Pues no decías en tu carta?...

RAF. ¿Que iba á suicidarme?

GERT. Sí.

RAF. Y me hallaba dispuesto á ejecutar mi sentencia; y á no haber sido por un caballero que se interpuso, no me encontraría en este momento á tu lado.

GERT. ¡Cuanto me alegro!

RAF. Y tú ¿me sigues queriendo como antes?

GERT. No; te quiero más todavía.

RAF. Entonces puedo considerarme el hombre más dichoso de la tierra.

GERT. Cuéntame lo que te ha pasado.

RAF. Es muy sencillo. Que salí de casa con dirección al viaducto; que un sujeto, á quien no conocía, me detuvo y me salvó la vida; que ese mismo sujeto, después de haberle explicado las causas que me habían impulsado á tal determinación, se condolió de mi suerte y me ha regalado unos cuantos billetejos, con los cuales pienso pagar á tu madre, y ofrecido para antes de veinticuanro horas una credencial; y que yo que te amo más que á mi vida, vuelvo á tu casa con el firme propósito de pedir á la tarasca de tu madre me otorgue tu mano ya que poseo tu corazón.

GERT. ¡Qué bueno eres!

RAF. Y tú que hermosa. (Pretende cogerla una mano en el momento que se interpone doña Mamerta.)

ESCENA XI.

DICHOS y DOÑA MAMERTA

D.ª MAM. ¡Eh! Las manos quietecitas.

RAF. Amo á su hija de usted y ella me corresponde.

D.ª MAM. Consiento en ello. siempre que sea cierto lo de la credencial.

RAF. No tardará usted en convencerse.

GERT. Sí, mamá; antes de veinticuatro horas...

D.ª MAM. Pues hasta entonces no hay nada de lo dicho. (Campanilla dentro)

GERT. Han llamado.

D.ª MAM. Ve á ver quién es. (Vase Gertrudis por el foro)

ESCENA XII.

DOÑA MAMERTA, RAFAEL y DON HERMOGENES por el foro) después GERTRUDIS

D. HERM. (Sin pasar de la puerta) ¿Se fué ya doña Mamerta?

RAF. Pase usted, don Hermógenes.

D.ª MAM. Sí, pase usté; que tenemos que ajustar una cuentecita.

D. HERM. (Aparte á Doña Mamerta) Pero qué ¿no ha liquidado todavía?

D.ª MAM. El que tiene que liquidar es usté ó marcharse de mi casa inmediatamente.

D. HERM. (Aparte) Ya pareció aquello.

D.ª MAM. ¿No decía usté que este jóven (por Rafael) se había suicidado?

D. HERM. (Que se ha colocado al lado de Rafael, le dice aparte. (Sálveme usted, compañero.)

RAF. (Á doña Mamerta.) No eran otras mis intenciones.

D.ª MAM. Es que también dijo que del cadáver solo se había encontrado el sombrero. (Rafael dá el sombrero á don Hermógenes sin que se aperciba doña Mamerta. Este juego deberá ser muy rápido.

RAF. En efecto. En la refriega se me ha estraviado.

D. HERM. (Haciendo movimientos con el sombrero que quiere ocultar. Rafael se contiene para evitar que lo vea doña Mamerta.) ¿Lo ve usted, señora?

RAF. (Aparte á don Hermógenes.) (Hombre que se lo está usted enseñando.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y GERTRUDIS por el foro con una carta.

GERT. (A Rafael.) Una carta para ti.

RAF. ¿A ver? (Rompe el sobre y despues de leida la carta exclama en un transporte de alegria.) ¡¡Hurra!!... No me ha engañado... ¡Es el!

LOS TRES ¿Quien?

RAF. ¡El Ministro!... ¡mi salvador! Miren ustedes lo que dice: (Leyendo.) «Pase por esta, su casa »Alcalá, 28, donde podrá recoger la creden»cial ofrecida.» Firma el Ministro.

D.ª MAM. Vaya usted inmediatamente á recogerla.

D. HERM. Sí; y diga usted á ese caballero que mañana

á la misma hora de hoy tendrá ocasión de salvar á otro desgraciado.

RAF. ¿Aquién don Hermógenes?

D. HERM. A mí. Mañana me suicido.

RAF. No hay necesidad de apelar á ese recurso. Yo le hablaré en su favor.

D. HERM. Gracias, joven.

RAF. Oiga usted, doña Mamerta; la manutención de don Hermógenes, hasta que sea colocado, corre de mi cuenta.

D. HERM. (Aparte.) (Así que se fastidie.)

D.ª MAM. No lo merece; pero si usted lo manda...

D. HERM. Pues claro que lo manda; ¿no lo está usted oyendo?

RAF. (A don Hermógenes.) Basta.

D. HERM. Ahora si á ustedes les parece, convendría que tomasemos un bocado.

D.ª MAM. Este hombre no piensa más que en comer.

D. HERM. Pero, señora, si todavia no nos hemos desayunado.

RAF. Magnífica idea. Almorzaremos y luego iré por la credencial.

D. HERM. (Aparte.) (Bendito sea tu pico.)

D.ª MAM. Pues á la mesa.

D. HERM. ¡A la mesa!

RAF. Y cuanto antes á prepararlo todo para la boda.

GERT. (A Rafael por el público.) ¿Y no decimos nada á estos señores?

RAF. Es verdad.

AL PÚBLICO

Ya que al fin he logrado
dicha tan grata
solo pido que ustedes
con fé me aplaudan.
Conque lo dicho,
un aplauso, ó de veras
que me suicido.

(Telón rápido)

FIN

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el domicilio de la Sociedad de Autores Españoles, SALÓN DEL PRADO, 14, HOTEL, considerándose como fraudulento todo el que carezca del sello de dicha Sociedad.